

Erich von Stroheim

Christophe Pellet

2005 L'Arche Editeur, 86 rue Bonaparte, 75006, Paris, para la versión original.
Marzo 2011, Santiago de Chile, para la versión es español.

Obra traducida en el marco del Festival de Dramaturgia Europea Contemporánea 2011
Traducción: Amalá Saint-Pierre, contacto: amalas_p@yahoo.fr

El autor agradece a François Bonenfant, Caroline Lamarche, François Ozon y Cyrille Pernet.

A Rudolph Rach,
a François Bonenfant,
a quienes debo la existencia de este texto.

Los matrimonios por amor se hacen en el interés de la especie y no en provecho del individuo. Desde luego, los interesados se imaginan que trabajan por su propia complacencia; pero el verdadero fin les es totalmente extraño, puesto que consiste en la procreación de un individuo gracias a ellos mismos. Una vez su misión cumplida, les corresponde entonces adecuarse el uno del otro de la mejor manera posible. Pero muy a menudo, la pareja formada dentro de esta ilusión instintiva, que hace la esencia del amor pasional, será por otro lado de naturaleza desigual. Esta condición aparece cuando la ilusión se ha desvanecido, lo que era inevitable. Por esto, las uniones consagradas en el amor terminan generalmente en la desdicha: porque aseguran la felicidad de la generación venidera a costas de la generación actual.

Schopenhauer

PERSONAJES

Ella

El Uno

El Otro

1. EL UNO Y EL OTRO

El Otro.- Hoy día, es el día Erich von Stroheim.

El Uno.- ¿Quién?

El Otro.- Un impostor genial. Inventó su vida. Se forjó su propia leyenda e hizo películas con su vida. Impostor y genio. ¿Te has fijado que las palabras son como las parejas? Algunas van bien juntas y otras no pueden acoplarse. Impostor y genio, hacen bonita pareja.

El Uno.- Bienvenido al día Erich von Stroheim. ¿Por dónde comienza?

El Otro.- Documentos administrativos a falsificar para encontrar trabajo.

El Uno.- ¿Y dónde está el genio en esto?

El Otro.- Le hago trampa a la sociedad porque la sociedad se ríe de mí.

El Uno.- Buena batalla.

El Otro.- Incluso soy demasiado bueno.

El Uno.- Deberíamos ser tigres.

El Otro.- Imposible: falta belleza.

Un tiempo.

Esta historia de tigre, esa palabra: "tigre", ¿es una palabra de ella?

Silencio.

¿Ella te metió esa palabra en la cabeza? Esa palabra: "tigre", ¿es ella?

El Uno.- Falta belleza, tienes razón.

Un tiempo.

Sí, es ella.

Falta belleza y pasamos nuestro tiempo a organizar su supervivencia.

No se puede hacer de otra manera. Si no lo hacemos: morimos.

El Otro.- A menos de ser un genio.

El Uno.- O pillo.

El Otro.- Genio o pillo, no van juntos.

Un tiempo.

Ustedes forman una pareja, tú y ella. Una verdadera pareja. Te mete palabras en la cabeza y tú las repites: "tigre", es una palabra de ella.

Tiempo.

El Uno.- Una palabra de ella, sí, pero no es para mí. Lo dice en relación a ti.

Ahora, desaparece.

El Otro.- ¿Estás celoso?

El Uno.- Ándate.

El Otro.- No me abandones: moriría.

El Uno.- Entonces quédate, quédate un rato más conmigo. Al fin y al cabo, cuando no está, tenemos nuestro rinconcito.

El Otro.- Nuestro territorio, cuando ella no está.

2. ELLA Y EL UNO

El Uno.- Alcanzo a ducharme rapidito?

Ella.- No. Tengo reunión en media hora. ¿De dónde vienes?

El Uno.- Una reunión del otro lado de la ciudad. Corrí.

Ella.- ¿Viste al otro?

El Uno.- Se la pasa organizando su supervivencia.

Ella.- ¿No encontró nada mejor que hacer?

El Uno.- Organizar su supervivencia es un trabajo de jornada completa. No tener horarios, correr por todos lados, siempre en pie de guerra. Un verdadero trabajo de jornada completa. ¿Conoces a Erich von Stroheim?

Ella.- ¿Quién es?

El Uno.- Un genio. Falsificó su vida, como un simple documento, la falsificó para salir del paso.

Ella.- Salir del paso para “organizar su supervivencia”: lamentable para un genio.
Desvístete.

El Uno.- ¿Eso es todo el efecto que te causa Erich von Stroheim?

Ella.- Es el efecto que tú me causas.

Acción.

No, primero la camisa, después el pantalón. No soporto verle las piernas a un hombre con su camisa puesta, aunque sean segundos.

El Uno.- ¿Cómo es cuando una mujer no tiene ganas?

Ella.- Cuando finge. Apúrate.

El Uno.- ¿Tú también finges? Como yo cuando....

Ella.- Cuando prestas tu cuerpo, sí.

El Uno.- Presto mi cuerpo: exacto.

Ella.- Apúrate: me quedan veinticinco minutos.

El Uno.- Nos quedan veinticinco minutos.

Ella.- Si insistes: bueno, es lo que nos queda a ti y a mí.

El Uno.- Dame un poco de tiempo, déjame explicarte, ese tipo, Erich von Stroheim...

Ella.- No hay tiempo. Primero la camisa.

Acción.

Ahora, el resto.

Acción.

Te tengo las riendas cortas. No tienes ninguna libertad: no puedes dejar de estar ahí, de pie o acostado, inútil y desnudo. No tienes pasado, ni futuro. Eres del presente.

Eres una presencia que no significa nada.

Eres un personaje-objeto. Mi objeto.

No tienes ninguna incidencia.

El Uno.- Me tienes las riendas cortas.

Ella.- No puedo someterte. A pesar de todo mi empeño, nunca,

podré someterte.

Absoluta desaparición del individuo.

Sigues siendo objeto.

Eres un desconocido.

El Uno.- ¿No te desvestes?

Ella.- Sólo me levantaré la falda.

El Uno.- Muéstrame tus tetas; lo necesito. Necesito ver tus tetas.

Acción.

Ella.- Me voy corriendo a mi reunión.

Vístete.

El Uno.- ¿Por qué no soy un tigre, como él?

Ella.- ¿Él?

El Uno.- El otro.

Silencio.

Ella.- ¿Cómo era el nombre de ese genio?

El Uno.- Erich von Stroheim.

Ella.- Lo citaré.

Estoy muy atrasada. Al irte cierra la puerta.

Hasta mañana.

El Uno.- ¿Un beso?

Ella.- Anda ducharte, tómate tu tiempo.

3. EL UNO Y EL OTRO

El Uno.- ¿Tienes lo que te pedí?

El Otro.- ¿Un beso? ¿Eso quieres?

El Uno.- No esta noche.

La vi en la tarde, no escatimé en recursos.

Dame lo que te pedí.

Acción.

Esta noche volveré a prestar mi cuerpo. Tengo la sensación de ser un animal doméstico. Me tiene las riendas cortas. Y ni siquiera me apareo.

El Otro.- Por suerte.

¿No quisieras que además nos apareemos?

El Uno.- Tienes razón, basta con esto.

Ven aquí conmigo.

Acción.

El Otro.- Tenemos bastante con nosotros mismos.

¿Qué haces esta noche?

El Uno.- Obrero de la construcción.

El Otro.- ¿Y la última vez?

El Uno.- Mecánico. El mes pasado: marino.

Y antes: entrenador físico de gimnasio. También he sido paco y bombero. Y el año pasado cuando comencé, señor de la mudanza y enfermero. El uniforme los calienta. Incluso si me lo saco rápido.

El Otro.- ¿Sigues siendo tú mismo?

El Uno.- Cuando llevo el uniforme justo antes de pasar a la acción, ya no soy yo mismo.

El Otro.- Y después, cuando te sacas el uniforme, ¿eres tú de nuevo?

El Uno.- Soy yo mismo. Sólo yo, desnudo y en acción. Pero puedo fingir.

El Otro.- ¿Fingir? ¿Cómo puedes?

El Uno.- Ella puede.

El Otro.- Pero tú, ¿cómo puedes?

El Uno.- Todo se hace con buen humor, apúntate eso.

El Otro.- ¿Con buen humor?

El Uno.- Puro buen humor: por contrato. Es una de las reglas del oficio.

El Otro.- ¿Y te gusta este oficio?

El Uno.- Uno se acostumbra. Ya estoy aceptado. Y es muy bien pagado. La plata fluye, se gasta muy rápido, entonces lo retomas al día siguiente y vuelve a fluir.

El Otro.- ¿Conoces la historia de los tres sushis?

El Uno.- No.

El Otro.- Un tipo acumula peguitas fomes y rascas. Para reponerse de su jornada, se va a un reputado restaurant japonés. Ahí se come toda la plata arduamente ganada zampándose en cinco minutos tres sushis sublimes. Y al día siguiente está de nuevo a secas y en la pitilla, listo para otra peguita.
Silencio.

El Uno.- ¿Y? ¿Moraleja?

Un tiempo.

Es deprimente.

Un tiempo.

Allá, nadie es muy fijado. Puro buen humor.

El Otro.- Pero piden verte. ¿Te miran?

El Uno.- Al principio, piden verte. Te sacan fotos desde todos los ángulos. Te proponen solos. Lo haces solo, mirando al vacío. Pareces idiota, pero es justamente lo que les calienta. Incluso te dan lo que necesitas, o lo que ellos creen que necesitas para ser un experto –en realidad cuando debutas en esto: soportar la espera y el frío-, y es sólo después cuando te eligen que hay que meterle turbo al asunto. Desde el instante en que te eligen te haces invisible. Te exhiben y te rechazan. Empiezas a tener parejas, a hacer esto en cualquier parte, con cualquiera y de cualquier manera. Integras el grupo.

Un tiempo.

Te transformas en un número,
haces tu número.

Tienes una especialidad,
haces lo que esperan de ti.

Después: salimos toda la noche. La plata fluye. La aprovechamos bien. Me divierto en compañía de gallos como yo, no muy fijados y buena onda, con los mismos problemas que yo, los mismos deseos que yo.

El Otro.- Eres visto a través de sus ojos de piedra. Ven sin mirar.
Yo, te miro.

El Uno.- Mi soldadito.

El Otro.- Yo te miro cuando nadie te mira realmente.

Un tiempo.

¿Qué piensa ella? ¿Te mira?

El Uno.- ¿Si me mira? No lo sé. Debo preguntarle.

Un tiempo.

Ceo que ella sí, me mira, sí. Incluso es posible que le guste.

El Otro.- ¿Crees que yo también pueda hacerlo?

El Uno.- ¿Mirarme?

El Otro.- No. Hacerlo. Hacer lo que haces tú: llevar un uniforme, sacárselo con gracia y hacer un numerito.

El Uno.- Tu día von Stroheim ¿no te cundió?

El Otro.- No soy nada más que yo mismo, y eso no es suficiente. No alcanza para sobrevivir.

El Uno.- Trata con otro. El día Jeff Hunter. No es un genio. Un gallo como yo.

El Otro.- ¿En tu trabajo nunca te pidieron ser peluquero, decorador de interiores, abogado, profesor?

El Uno.- Nunca.

El Otro.- Eso encajaría mejor con mi personalidad. ¿Poeta, informático, peluquero canino?

El Uno.- Nada de todo eso. Lo que les gusta es el uniforme y la rudeza. Deberás aprender.

El Otro.- ¿El uniforme y la rudeza?

El Uno.- Y la tontera también. Eso es lo que les gusta: deberás aprender. El uniforme, la rudeza y la tontera: eso es lo que les calienta. He sido militar cuatro veces y me apronto a ser paco de nuevo.

El Otro.- La tontera, ¿es sexual?
Interpretar un rol, ¿es sexual?

El Uno.- Los uniformes se sacan rápido, lo sabes. Y la rudeza no es más que un juego.

El Otro.- ¿Y la tontera?

El Uno.- No es muy difícil. Es innato.

El Otro.- Pero cuando estás conmigo no interpretas ningún rol y sigue siendo sexual, ¿no?
Estás lejos de ser un tonto. Me haces pensar en Erich von Stroheim. La misma impavidez.

El Uno.- Me quedan todavía dos o tres años por delante antes que mi cuerpo se estropee. Después tendré todo el tiempo del mundo para ser inteligente. Entonces habrá que pensar, y todo será rebuscársela y latearse.
Tengo la plata: ¿tienes lo que quiero?

El Otro.- Tengo lo que quieres.
Acción.

El Uno.- Lo necesito. Sin esto a veces no podría ni hacerlo.

El Otro.- Un consuelo.
Un tiempo.
La tontera, ¿es sexual?

El Uno.- Me despierto ciertas mañanas y el techo de mi pieza está bajo, tan bajo. Tengo esa extraña sensación que me retuerce la guata: soy un niño y tengo la guata apretada. No quiero que me levanten la sábana y que me bajen el pijama. No quiero y el techo está tan bajo que me aplasta.
Un tiempo.
¡No te acerques! No me toques.

Un tiempo.

¿Era casado tu von Stroheim?

El Otro.- ¿Te lo imaginas con ella?

El Uno.- ¿Cuando estoy tan bien contigo?

Ven soldadito, ven a mis brazos.

El Otro.- Dices: no, y al segundo después: sí.

El Uno.- Hagámoslo, una vez más.

Los dos: nos divertimos sin compromiso.

El Otro.- No como con ella.

El Uno.- El sexo oral:

la amistad con beneficios.

Acción.

4. ELLA Y EL OTRO

Ella.- ¿Has oído hablar de Erich von Stroheim?

El Otro.- ¿Es él quien se lo contó?

Ella.- ¿Cómo lo sabes?

El Otro.- Yo se lo conté primero.

Ella.- Las palabras fluyen entre nosotros tres, es divertido.

El Otro.- Generalmente es el caso con usted¹.

Ella.- ¿Con nosotros? ¿Con él y yo, o conmigo solamente? Insistes en tratarme de usted.

El Otro.- Si la tuteara, sería como él con usted.

Ella.- Pero eres como él...

Un tiempo.

¹ NdT: En el texto francés El Otro dice "vous", es decir, juega con la ambigüedad de "vous" equivalente de "usted" y "vous" equivalente de "ustedes". En este caso he optado por traducirlo por "usted".

...conmigo.

El Otro.- ¿Soy “como él” o: “como él con usted”?

Ella.- ¿No me quieres tutear?

El Otro.- Me diferencio: no soy como él.

Ella.- Si no me tuteas te dejo.

Un tiempo.

Y si te dejo, él también te deja.

Sabré convencerlo.

Los chicos como él, sólo podemos manejarlos en secreto. No es que sean tontos, tienen una especie de inteligencia instintiva: se las arreglan como gatos.

Sólo buenos para acariciar.

Un tiempo.

¿Qué efecto te produce verlo?

El Otro.- Me tranquiliza.

Ella.- ¿Y verlo en su actividad, en plena acción?

El Otro.- ¿Y usted? ¿Qué efecto le produce verlo?

Ella.- Bueno sólo pa' la hueá.

El Otro.- ¿En su actividad?

Un tiempo.

¿En la realidad?

¿Bueno pa' la hueá adónde?

Ella.- Bueno en cualquier parte: en mi oficina, en un bosque, en un ascensor, en el wáter, en un estacionamiento, bajo un pórtico, en el suelo, en cuatro bajo una mesa, en un auto, en un tren, en un avión. Es bueno pa' la hueá en cualquier parte y en cualquier momento.

La imagen de él que fluye, su cuerpo desnudo tumbado, no es más que la realidad, su realidad. No hay ninguna diferencia.

A propósito, desvístete.

Primero la polera, después el jean. No soporto verle las piernas a un tipo en polera: me recuerda un poto de guagua.

Acción.

El Otro.- ¿No se desviste?

Ella.- No hay tiempo. Tengo reunión en media hora. Y con el cuarto de hora de atraso reglamentario, puedo quedarme un poco más contigo. Sólo quiero verte, mirarte y mantenerte a distancia, mi objeto adorado.

El Otro.- Sí, soy suyo.

Ella.- Tu cabeza al rape: un objeto.

El Otro.- Entre sus manos.

Ella.- Tus extremidades, tu pecho: objetos.

El Otro.- Quiébrelos.

Ella.- Tu cuello: un objeto.

El Otro.- Apriételo.

Acción.

Ella.- Tus vértebras se deslizan bajo la piel,
mi mecano.

Quiero deshacerte
como un Lego.

Acción.

La felicidad del alma está en la acción.

El Otro.- ¿Qué?

Ella.- La felicidad del alma. En la acción.

El Otro.- ¿Me encuentra un tonto bestia también?

Ella.- ¿Una bestia salvaje? ¿Un tigre?

El Otro.- Quisiera serlo, por favor.

Ella.- Vístete, gracias.

Acción.

¿Lo has visto hoy día?

El Otro.- Trabaja.

Ella.- ¿Él te envía?

¿Se “economiza”?

Un tiempo.

Se economiza. Entonces vienes tú.

¿Qué opinas de mis prestaciones? No me has contestado: ¿las viste?

El Otro.- Algunas, sí.

Ella.- ¿Qué efecto te hicieron?

Silencio.

Dale, dime: ¿qué efecto? Me gustaría saber. ¿Te calienta? ¿Te imaginas con él? ¿Estás celoso de sus parejas?

Silencio.

¿O estás orgulloso? ¿Estás orgulloso de sus hazañas?

El Otro.- ¿Y a usted qué efecto le hace?

Silencio.

Ella.- ¿Y tú?

El Otro.- No lo veo. No es él. Sólo un cuerpo.

Ella.- ¡Oh sí! Es bien él. Sólo él. Lo reconozco. Tienes razón: sólo un cuerpo. Sólo esta realidad.

El Otro.- Sólo la imagen de un cuerpo.

Ella.- Si tuvieras responsabilidades como yo, un equipo a dirigir como yo –debo irme ya, me pasé del cuarto de hora reglamentario- si tuvieras todo eso, no hablarías como lo haces: “la imagen de un cuerpo” no quiere decir nada. Sólo hay realidad, por todos lados. Sólo hay cuerpos, por todos lados, una inflación de cuerpos.

Ninguna imagen.

El Otro.- No es buena con él.

Él y yo la compartimos.

Ella.- No. Él y yo te compartimos.

El Otro.- ¿Usted y yo lo compartimos?

Ella.- No: él y yo. Perdón por insistir: él y yo.

El Otro.- Son pareja.

Ella.- Qué palabra más horrible.

El Otro.- ¿No me abandonará, cierto?

Ella.- ¿Yo?

¿Él y yo?

¡Tu tuteamiento me exaspera!

El Otro.- Moriría si me abandonara.

Ella.- Él no te abandonará.

El Otro.- Usted quiere un hijo con él.

Un silencio.

Ella.- Aún tienes tiempo. No te abandonará antes.

5. EL UNO Y EL OTRO

El Otro.- La felicidad del alma está en la acción.

El Uno.- ¿Repite?

El Otro.- La felicidad del alma está en la acción.

El Uno.- Es un discurso de mierda.

Un tiempo.

Ninguna felicidad ayer, no sé por qué. Hay días sin felicidad. Sólo una acción de mierda. El alma, ni hablar. ¿Qué es el alma? Una palabra tonta, una palabra vieja, un bostezo: el aaaaaaalma. ¿Te has fijado? Dice el aaaaaaalma y bostezas.

Por lo menos habré evitado eso: la trampa católica.

Esta noche estaré más en forma.

No quiero que me echen ahora, ¿qué sería de mí?

Todavía tengo -¿cuánto?- tres años por delante antes que mi cuerpo afloje.

Yo no quise eso. Hubiera preferido evitar ese desmoronamiento. No hubo manera: obligado de dejar el colegio a los dieciséis. Nunca más pude retomarlo. Me vengaré después, cuando sea el momento. No he dicho mi última palabra.

El Otro.- Es tu cuerpo que habla en tu lugar. Eris bueno sólo pa' la hueá.

El Uno.- ¿Estás celoso? Trata de hacerlo tú, verás si es fácil.

El Otro.- Perdona.

Tengo lo que quieres, será más fácil.

El Uno.- Hoy día no, no ando con plata. E incluso con plata, hay días que no puedo escapar.

El Otro.- Tengo lo que quieres.

El Uno.- ¡No, no me toques!

Un tiempo.

Perdona. Quédate, quédate un poco más.

Un tiempo.

También he sido una especie de *súper-militar*.

El Otro.- ¿Un *súper-militar*?

El Uno.- Con un *súper-uniforme*, café y con cruz.

El Otro.- ¿Una cruz cristiana?

El Uno.- No, una cruz como en las películas de guerra de cuando éramos chicos, las que daban en la tele. *Súper-películas*, de mucho presupuesto, con *súper-uniformes*. Con una *súper-historia* y *súper-actores*.

Una película de verdad, como en la tele.

El Otro.- ¿Viste el resultado?

El Uno.- Creo que seguiré clandestino.

El Otro.- ¿Clandestino?

El Uno.- Por una vez que se habían rajado. *Súper-uniformes*, *súper-accesorios*, una *súper-historia*. Igual que en las pelis de guerra en la tele.

El Otro.- ¿Cómo puedes soportarlo?

Un tiempo.

Tengo lo que quieres, aunque no tengas plata.

El Uno.- Hoy día lo necesito. Dame. Mañana te pago. Dámelo.

Acción.

¿Todavía quieres participar? Buscamos a alguien para esta noche. Para ser el quinto. Una deserción.

Toma un poco. En previsión.

Acción.

El Otro.- ¿Crees que convenga?

El Uno.- No te hará mal estar un poco puesto.

El Otro.- No. Yo. Para ser el quinto, ¿crees que convenga?

El Uno.- Sólo tendrás que hacer lo que te pidan.

El Otro.- ¿Lo que ya hago contigo?

El Uno.- Integras el grupo. No hay de qué asustarse, hacemos un buen grupo de venta. Es una expresión de ella: “grupo de venta”.

Muéstrame tu culo.

Acción.

Sepáralo bien, con las dos manos.

Acción.

El Otro.- ¿Nunca lo habías visto?

El Uno.- No así. Es clínico.

Oye, ¡pero si es minúsculo!

El Otro.- Nunca lo he hecho. Ni contigo, ni con nadie. ¿Crees que convenga?

El Uno.- Lo vamos a soltar un poco.

Con un dedo, y con dos.

Cuando era niño así lo hacía mi padrastro antes de cada relación.

Y esta noche, fingirás.

El Otro.- ¿Pero cómo fingir si te la meten profundo?

El Uno.- Soldadito, sé valiente.

Aguanta.

En este momento soy un militar ucraniano.

Una placa de metal con matrícula colgada al cuello.

“¡Número 1532! ¡En servicio!”

¡Motor! ¡Acción! Buena toma, me saco el traje y la placa de metal, me visto, sé de nuevo tú mismo y desaparece.

El Otro.- Sé de nuevo tú mismo. Y desaparece.

6. ELLA Y EL OTRO

El Otro.- No quiero verlos más².

Ella.- ¿Vernos él y yo?
¿Verme a mí sola?

El Otro.- A fuerza de verlos siempre en este entre-dos, seguiré amando y eso no nos llevará a ninguna parte.

Ella.- Seguirás amando: ¿a él y a mí?

El Otro.- Amar³.

Ella.- ¿Amarme a mí? ¿Sólo a mí?
Un tiempo.

El Otro.- Mi infancia se evaporó.

Ella.- ¡Felicidades! Ya era tiempo.
Ahora, búscate un trabajo. Asume tus responsabilidades.
Y déjalo.
Déjalo ahora mismo. ¿Qué esperas?

El Otro.- Mi gato se cayó tres veces del último piso. La cuarta vez fue la definitiva.

Ella.- Tienes razón, cada cosa en su tiempo.
¿Tú crees que los animales se tiren por la ventana?

El Otro.- Y la tengo. Busco alguien para vivir mejor. Para que siga yendo bien. Para que no siga teniendo frío. Busco alguien, y la tengo.

Ella.- ¿Nos tienes? ¿A él y a mí?
¿Me tienes a mí, a mi solita?

² NdT: Misma ambigüedad con el pronombre “vous” equivalente de “usted” y “vous” equivalente de “ustedes”. En este caso he optado por “verlos” al plural.

³ NdT: Para recalcar la ambigüedad de “vous aimer” equivalente de “amarla” y de “amarlos”, he optado por dejar el verbo al infinitivo, “amar”, puesto que El Otro no responde a la pregunta, manteniendo la duda sobre el sujeto a amar.

Un tiempo.

Pierdo la cabeza.

El Otro.- La felicidad del alma está en la acción, es una de sus frases.

Ella.- Desvístete.

Acción.

Cerré la puerta de la oficina con llave. Bajé las cortinas. Siéntate, ahí, delante del computador. Te veo, te filmo: ninguna diferencia. Mi mirada es una cámara. Te veo en la pantalla, corro las carpetas –una lata- y te veo por fin, puedo grabarte, crear un pequeño ícono de ti, ponerle un lema, enviarte al otro lado del planeta, y reencontrarte más tarde, después de mi reunión. Tenemos un cuarto de hora. En un cuarto de hora estarán todos acá: el contador, el director administrativo y el joven de recursos humanos, estarán todos acá, ahí en donde estás, en tu lugar, donde deben estar, delante de ese escritorio. Un cuarto de hora: el tiempo se detiene.

Respiro, por fin.

Te contemplo.

En un cuarto de hora llegarán y tú, te esfumarás.

Un tiempo.

Es un lindo regalo el que me haces. Tu piel es suave; tu pelo: seda. La pureza de tu mirada, ¡qué maravilla!

Me gustaría,

inanimado,

ponerte en mi escritorio,

despertarte,

con un lenguazo bien aplicado.

Esconderte como un tesoro.

Su cuerpo, el suyo, lo conozco con sus múltiples reflejos.

Tu cuerpo, el tuyo, lo mantengo a distancia,

como un domador, sus fieras.

Estás en mi pantalla, en una jaula,

mi pequeño ícono,

mi prisionero.

Ya no eres de ningún género: ni masculino, ni femenino. Ninguna diferencia sexual. Eres una entidad compuesta de elementos orgánicos vivos y de tecnología. Acciono mi joystick, te acaricio delicadamente, te capto, te amoldo, estás bajo control.

Un tiempo.

¿Estás bien?

El Otro.- Busco alguien.

Ella.- ¿Me tienes a mí?

El Otro.- ¿Es una pregunta?

Ella.- Cuando era niña mi padre decía de mí: “Pareciera que acarrea toda la miseria del mundo”. Un día alguien le preguntó: “¿No será que ya lo sabe todo?”

El Otro.- Y además usted me tiene a mí.

Ella.- Te tengo, a ti.

El Otro.- Me callo⁴.

7. ELLA Y EL UNO

Ella.- ¿Eres colorín de verdad?

El Uno.- ¡Para!

Ella.- Contesta: ¿Eres colorín de verdad?
¿Por qué te depilas?

El Uno.- La pega.

Ella.- ¿No les gustan los pelos?

El Uno.- Estoy cansado. Suéltame.

Ella.- Son las cuatro de la tarde.

El Uno.- Sí sé. Y tienes reunión a las cinco y media.
Eso nos deja...tres cuarto de hora.

Ella.- Con el cuarto de hora reglamentario: una hora.
¿A qué hora trabajas esta noche?

El Uno.- A las seis. Apóyate, ven a mi lado. Por una vez que estoy en tu cama.
Contagiándonos el sueño.

⁴ NdT: El autor hace un original juego de fonética: Ella.- “Je t’ai, toi” / El Otro.- “Je me tais”. “Je t’ai, toi” quiere decir, “te tengo, a ti”, sin embargo fonéticamente también quiere decir “cállate”, razón por la cual El Otro le responde “me callo”.

Tenerte en mis brazos ¡qué felicidad! ¡Qué suavidad! Sólo piel contra piel y nada más.

Ella.- ¿Te economizas?

Un tiempo.

¿Te exaspero?

El Uno.- Antes, después e incluso durante: ni un respiro.

Ella.- Sólo somos buenos pa' esta hueá.

Te exaspero, como de niña con mi gato: lo exasperaba. Mi gatito, ¡colorín!
¿Eres colorín de verdad?

El Uno.- Si sigues te dejo.

Ella.- ¿Me dejas a mí o dejas mi cama?

El Uno.- Conozco alguien que tiene una pega de mierda, ese tipo de pega que ni tú ni yo haríamos jamás. La noche, para reponerse de su jornada, se va a un restaurant japonés y se gasta toda la plata del día. Cinco minutos. El tiempo para zamparse tres míseros sushis, y se queda de nuevo a secas. Y al día siguiente retoma su recorrido por la ciudad en busca de otra peguita.

Ella.- ¿Por qué me cuentas eso ahora? ¿Qué tiene que ver con nosotros?

El Uno.- No sé exactamente pero sí tiene que ver.

Ella.- Esa historia, ¿es del otro?

Podría perfectamente ser de él.

Pero también podría ser de ti.

El Uno.- ¿Vino ayer?

Ella.- A la oficina. Una media horita.

El Uno.- Es diferente de nosotros. Tú y yo nos parecemos: somos pareja.

Ella.- Palabra horrible.

El Uno.- Él, sigue puro, en cualquier situación, nada puede mancharlo. Incluso conmigo sigue puro, está por encima, por encima de la gente y de las cosas. Es un niño.

Ella.- A propósito...

El Uno.- Es un niño. Nunca fui niño...

Ella.- A propósito de niño...

El Uno.-...El también prestó su cuerpo, ayer, cayó a mi nivel. Nunca fui niño.
¿He sido niño alguna vez?

Ella.- Sí, ayer me prestó su cuerpo. Cayó a tu nivel.

El Uno.- No sólo contigo. No sólo contigo, ayer.
Un tiempo.

Ella.- ¿Quieres decir...?
¿Que lo hizo contigo –quiero decir: contigo y con ellos? ¿Eso quieres decir?

El Uno.- ¿Te molesta?

Ella.- ¡Qué sucio!

El Uno.- ¿Qué diferencia: que estemos allá, él y yo con ellos, o acá contigo?
Silencio.

Ella.- Eres puta. Cafichón y puta al mismo tiempo.
Una verdadera cabrona. Los gallos: puros cabrones.

El Uno.- Cálmate amada mía.
Silencio.

Ella.- ¿Y nuestro hijo? ¿Cuándo lo tenemos?

8. ELLA Y EL OTRO

El Otro.- Estoy pasando la noche en su casa. Es la primera vez.

Ella.- Te entrampaste.

El Otro.- ¿Me enjauló?

Ella.- No seas tigre.
¿Tendrás su belleza?

El Otro.- El cansancio se toma mi voz.
La amo, me duermo.

Ella.- Un tigre adormecido,
belleza apacible.
Un tiempo.
¿Qué hace él a esta hora?

El Otro.- ¿Quiere verlo?
Apague la luz.
Acción.
¿Ahora lo ve?

Ella.- Lo veo.

El Otro.- Acaba de terminar su trabajo, se está duchando...

Ella.-...siempre se queda horas enteras ahí metido, se frota el cuerpo, acaricia su cuerpo, como esos gatos que se contorsionan y lamen interminablemente...

El Otro.-....se lava. Se lo lava todo. Y deja su lugar, no está solo...

Ella.-...una de sus parejas la habrá acompañado...

El Otro.-...querrá tomarse una copa...

Ella.-...tomará y seguirá tomando...

El Otro.-...bailará y seguirá bailando: baila bien. Tratará de encontrar lo que le hace falta, un poco de consuelo, no es bueno en eso, nunca tiene plata, muy agotador: contar, esperar el vuelto, verificarlo...Muy agotador para él, sobre todo después de lo que acaba de hacer, no quiere nada más, sólo buena onda, es lo que dice: "sólo buena onda". Siempre pagan los otros... La plata se le acumula en su cuenta corriente sin nunca verle un peso. Nunca tiene plata con él, siempre pagan los otros. Su juventud, su belleza: son su pega. Entrega su belleza, su juventud y le basta; gracias y que pase el próximo.

Un tiempo.
La amo, me duermo.

Ella.- Dímelo de nuevo.

El Otro.- La amo, me duermo.

Ella.- Te tengo amarrado animal doméstico.

El Otro.- Estoy casi dormido. Qué melancolía este estado de sueño.

Ella.- ¿Me oyes? Tus ojos se cierran. Eres lindo cuando tus ojos se cierran.

El Otro.- La amo, me duermo.

Un tiempo.

Ella.- De ti, un hijo nunca.

El Otro.- No importa,
posado en sus rodillas mi mirada implora su goce.

Ella.- Tu cabello rubio bajo mi mano:
la cabeza de un tigre.

El Otro.- Del tigre, nunca he tenido su belleza.

Ella.- ¿Y lo que llaman instinto?

El Otro.- Más bien una extinción.

Ella.- De tu especie.

El Otro.- Un goce gratuito, en sus rodillas.

El deseo impide todas ganas
de reproducción.

Un tiempo.

La amo, me duermo.

Ella.- Dímelo, dímelo de nuevo.

El Otro.- La amo, me duermo.

9. ELLA Y EL UNO

Ella.- Dormí con el otro.

El Uno.- Hiciste bien. Está deprimido.

Ella.- Lo quería para mí, aunque fuera una vez.

Silencio.

De las conversaciones nacen las emociones, y todas las múltiples y reconfortantes formas de humor.

El Uno.- ¿De qué hablas?

Ella.- Las palabras nos reconcilian con los otros: los objetos y los espectadores.

El Uno.- No entiendo.

Ella.- Los que te ven en plena acción son espectadores Playmobil frente a actores Playmobil. Puros soldaditos.

El Uno.- Esta semana fui militar ucraniano.

Ella.- Me gustaría llegar a un lugar común a todos. A todos los que frecuento y a quienes les hablo. Encontrar ese punto para liberarme de un peso. No ser más exploradora, perder el contacto con la realidad, cruzar por fin esta frontera, estar del otro lado para pasar a otra cosa. Pasar a otra cosa y tener por fin tu cuerpo amado frente a mí, como nunca antes lo había visto, como nunca antes había visto un cuerpo amado. Libre de todas las imágenes pasadas. Un cuerpo primario. Absoluto. Tu cuerpo amado, por fin, amado por lo que es, no por lo que dice, lo que se dice, o lo que digo.

El Uno.- O por lo que los otros han hecho de él. Mi cuerpo no me pertenece.

Un tiempo.

¿Quieres que pare?

¿Me darás dinero? Tienes más de lo que necesitas.

Ella.- Ese amor que te tengo será un lugar común a todos.

El Uno.- Mi cuerpo es un lugar común a todos. Todo está bien. ¿Continúo entonces?

Ella.- Cuando era niña, mi padre decía de mí: "Cuán frágil es, es tan fácil hacerla llorar." Ya me decía que no había de qué reírse. ¡Pero si lo hubiera sabido! ¡Si hubiera sabido que te iba a conocer!

El Uno.- ¿Pero entonces eras feliz?

Silencio.

Averigüé sobre Erich von Stroheim: una vida de escándalos y locura.

Ella.- No eres ni loco ni escandaloso. Sólo miserable.

El Uno.- Hubiera podido conocer a Erich von Stroheim, trabajar para él. Es la época que es miserable, sólo miserable. Pero no tendrá ninguna incidencia en nuestro amor, te lo juro, ninguna incidencia, ninguna: mientras tengamos nuestro rinconcito.

Ella.- Me comprometí. Es un compromiso contigo. Eres la negación viva de todos mis ideales. Las parejas neuróticas son las peores, no hay cómo zafarse, una sumisión constante, una ceguera, pero debemos reproducirnos, hay que hacerlo, entonces nos emparejamos. En este emparejamiento –al corazón mismo de esa horrible palabra inhumana se asoma la palabra “pareja”- hay una maledicción.

¿Y cómo nosotros, que somos incapaces de soportarnos nosotros mismos, incapaces de soportarnos en compañía de otros, cómo podríamos ser capaces de soportar nuestro hijo? La existencia de nuestro hijo nos pesará en nuestra conciencia, será un crimen premeditado. Seremos culpables de haber traído al mundo criaturas que serán a su vez incapaces de soportarnos y de soportarse ellos mismos. Un engendramiento criminal. Los expulsamos fuera de nuestros cuerpos, hacia el caos. Los lanzamos al caos.

Animalitos que adiestramos, que acariciamos.

Pero la catástrofe absoluta, definitiva,

es cuando uno está solo, absolutamente solo consigo mismo:

y nos encontramos sumergidos en las tinieblas, solos con nosotros mismos.

Entonces nos metemos en el trabajo, para no estar más solos con uno mismo.

Y no es nada más que otra sumisión.

El Uno.- ¿Tú no *crese* que...?

Ella.- Dijiste: “*crese*”

El Uno.- ¿Tú *crese*?

Ella.- Te equivocaste.

El Uno.- Me *evicoqué*.

Ella. Eres mi cruz.

El Uno.- Soy tu *crese*.

Ella.- Nuestro amor me impone una frontera invisible...

El Uno.- Una *fronreta*...

Ella.-...me priva de toda voluntad...

El Uno.- ¿Te *pirva*?

Ella.-...somos responsables de nuestro amor, lo construimos tú y yo a cada instante, construimos tú y yo esta historia particular, pero esta historia privada - ¿lo sabes?- es de la humanidad.

El Uno.- Tengo *ifro*, sube la *falecación*.

Ella.- De la humanidad entera. El más mínimo de nuestros gestos, cada acto que hacemos confluye en los de la humanidad entera.

Y nos hemos comprometido.

Todos comprometidos. Un compromiso planetario.

El Uno.- *Compormiso*...

Ella.- Tus vértebras paralizan mis dedos. Tu cabeza echada hacia atrás cuando tomo tu pelo fino y colorín, tu cabeza cortada por el pliegue de tu nuca, tu cabeza entre mis manos de acero.

El Uno.- Sólo lograrás una cosa: *enjorecerme* mi amor.

Ella.- Quiero que te corras en mis manos de acero.

Acción.

Bruscamente la tragedia irrumpe en la cama.

El Uno.- La *targedia*.

Ella.- Basta, es insoportable. Insoportable.

El Uno.- *Inposortable*.

10. EL UNO Y EL OTRO

El Otro.- Tengo la sensación de no ser niño, de no ser más un niño. Esa parte de infancia que quedaba por ahí, en mi cuerpo de adulto, se dio a la fuga, espantada.

El Uno.- Por fin eres coherente con tu cuerpo de adulto. Ahora debes tomar tus responsabilidades.

El Otro.- ¿No se puede hacer de otra manera?

El Uno.- Aseguras tu vida. Mañana recupero la parte que te corresponde. Están satisfechos de tu prestación. Puedes volver cuando quieras. Te pagarán cada vez mejor. A partir de este momento tu cuerpo les pertenece. Es un lugar común a todos. Pero siempre puedes encontrar mejor. Creo mucho en ti. Mereces mejor. Podrías ser como ella, tener una vida como la suya: responsabilidades, una oficina, carpetas, reuniones...ese tipo de cosas. En todo caso, en lo que nos concierne, les has dado entera satisfacción.

El Otro.- Están satisfechos del producto.

Silencio.

El Uno.- ¿Eres el más inteligente, cierto? ¿Por encima de nosotros?

Silencio.

Nunca estarás por encima, incluso ella: no estará jamás por encima de nosotros. Es porque somos ganadores que estamos por encima. Si lo haces bien, si tienes mucha suerte, entonces eventualmente podrías estar dentro del grupo. Nunca encima, sólo dentro, y estar dentro ya es bastante bueno, porque estar dentro no es estar por debajo. Ni sueñes con estar por encima, por ahora es imposible, y si te niegas a estar dentro, si objetas cualquier cosa, este sistema te pondrá por debajo, aún más abajo. Esta constatación puede parecerte penosa, pero no veo cómo podrías escaparte. A menos que haya un cambio drástico en el mundo, una revolución gigantesca, no veo cómo podrías escaparte. Y una revolución –no la esperes tan luego. Mientras sigamos en la trampa democrática- ninguna revolución es posible. No lo lograrás solo porque –apúntatelo- estás solo, solo en tu rincón. Incluso cuando estás conmigo: estás solo. Y con ella: siempre solo. Y con ellos: solo. Estarás solo siempre y ni siquiera encontrarás una hembra para reproducirte.

Te aconsejo de sacarte cuanto antes tu uniforme de aristócrata genial: tu Erich von Stroheim no te ayudará. Te aislará aún más. Aún tienes algunos años por delante, y si no entendiste lo que te acabo de decir, no serás nada más.

El Otro.- ¿Un producto vencido?

El Uno.- Estás lejos de haber pasado la fecha de vencimiento soldadito, no te preocupes.

Pero piensa en lo que te acabo de decir.

El Otro.- Ese dinero, pueden guardárselo. Puedes quedártelo tú.

No lo haré más. Pueden reemplazarme.

El Uno.- Te reemplazarán, no tengas dudas.
Tú yo somos de esos que se reemplazan. Somos intercambiables. E incluso con ella, sí, incluso con ella: intercambiables.

El Otro.- Debo reencontrar esa parte de infancia. Debo absolutamente reencontrar esa parte de infancia.

El Uno.- Es una *tarea perdida*.
Olvídala.
Ahora estás listo.

El Otro.- ¿Listo?

El Uno.- Para tomar tus responsabilidades. Para reproducirte, ¿quién sabe?
Para dejarme. Para construir tu propio territorio.

El Otro.- No trabajaré más, ni para ti ni para los demás. No produciré más. No me reproduciré más.

El Uno.- ¿No me darás más lo que necesito?

El Otro.- Ya me cansé de ese comercio.

El Uno.- Te voy a consolar. No producirás más, te quedarás aquí conmigo, te lo prometo, es mi culpa. Te protegeré soldadito. Necesito un poco de consuelo. ¿Seguirás divirtiéndote conmigo un poco más? Te gusta pasarla bien conmigo. Sé que te gusta. A todos les gusta pasarla bien conmigo, sé volverlos dependientes. Aún me quedan un par de años por delante -¿tres años?-, y mi cuerpo me abandonará. Entonces me dejarás para siempre. Y ellos también, me dejarán.

Un tiempo.

Ella quizás no. A lo mejor no me dejará.

Un tiempo.

Te necesito.

Te echo de menos.

El Otro.- ¿Me echas de menos?

El Uno.- Sí, por momentos, te echo de menos.

El Otro.- ¿Me echas de menos?

El Uno.- Te echo de menos.

El Otro.- Puedo hacerte el favor.

El Uno.- Sólo hay una manera de hacerme el favor.

Ven aquí...

La única manera.

Y es gratis.

Acción.

11. ELLA Y EL UNO

Ella.- El filo de tu nariz podría cortarme. Tu nariz respingada bajo una frente de cejas prominentes, forman una T fantasmagórica. Tu cuello es largo: imposible de estrangularlo, de torcer la materia que lo compone sin arriesgar de quebrarme los dedos. Tu pelo es largo también, una cabellera como piedra tallada en bajo relieve. Tu sonrisa pícara no engaña a nadie: eres hombre de placer antes que hombre. Tu cara puntiaguda desafía las caras planas y difusas que nos rodean: caras de esposos o de padres. No eres padre, no eres esposo, tampoco eres hijo. Eres más de momentos cortos que de pasar la noche entera, más amante que marido. Y sin embargo, te elegí.

Estoy viva en tu tumba.

Pienso en esos cementerios ocultos de América profunda, donde lacónicos epitafios inscriben la tumba: Madre. Hermana. Esposo. Y más curioso aún: Tío. Nada más que el simple enunciado, sin nombre, sin fecha, solamente el lazo familiar por la eternidad.

Eres amante por la eternidad.

Un látigo para azotarte. Eres piedra.

Tu nuca, en este momento, no la veo, menos mal. Podría quebrarla de un golpe de fiero.

Estoy viva en tu tumba, espero que te me aparezcas. Observo tu perfil derecho, borra toda la ironía de tu cara de frente, aparece algo más oscuro: la oscuridad del libertino. La sonrisa ya no tiene esa contracción pícara: se hace rictus, se torna amargo. Tu perfil izquierdo es la de un libertino. Ese perfil –el izquierdo– es cruel, mientras que el perfil derecho simplemente está abatido.

Crueldad – lasitud: tu vida entera contenida en ambas palabras.

Tu cara no tiene ninguna majestad. Una cara sexual. Llevas el sexo en tu cara, tu cara de doble perfil.

12. EL UNO Y EL OTRO

El Otro.- Cásense los dos, ya no saben qué hacer: sólo les queda el matrimonio. Y ya que estamos, tengan una guagua. Y tú, ya que definitivamente no sabes qué más hacer, encuéntrate un trabajo de verdad, un trabajo regular.

Silencio.

Repentinamente anoche, al final de la fiesta, la indiferencia se abatió sobre mí.

El Uno.- Para ser felices sólo debemos ponernos el uniforme de nuestra época.

13. ELLA CON EL UNO Y CON EL OTRO

Ella.- Me encanta la desdeñosa serenidad de los -martirizados, santos sublimes- actores triturados a pesar de ellos. Ustedes, acosados esclavos modernos, su irrealidad, rubiecitos sacrificados, pelirrojos santificados (la herida hace parte de esta panoplia) de mirada esquiva –esa misma de la belleza-, reciban su castigo ejemplar:

¿Puedo filmarlos a ambos?

Gracias. Desvístanse por favor.

Sí, todo, gracias.

Acción.

Es entretenido. Abrásense. ¿Los pendejos de tu poto son pelirrojos también?

Abre tu culo, ábrelo más.

Acción.

Ahí. Muy bien. Gracias. Mete tu sexo ahí dentro. Sí, por favor. No, espera.

Primero la nariz. Mete tu nariz en la raja.

Acción.

Bien. Ahora la lengua, lame como un perro, lengüetea.

Acción.

Muy bien. Gracias. Levántate. Muérdele la nuca.

Acción.

Las marcas rojas, muy bien las marcas rojas sobre su piel blanca. Muerde más.

Ahora pégale.

Acción.

Hasta la sangre. Bien las erecciones. Está bien, gracias. Perros. Dos perros.

Los gallos, frótalos los unos a los otros y ve el resultado: perros. Frótense como

monos, dos babuinos fornicadores. Pelos rubios, pelos colorines, dos bestias salvajes que copulan. De rodillas, lomo tendido. Golpea en su lomo.

Acción.

Córrete en su boca. Abre la boca. Córrete en su boca.

Acción.

Bien. Tu turno. Bien. En su boca. Abre la boca. Ponlo ahora de rodillas. Ábrele el culo. Mete tu dedo.

Acción.

Sí. Bien. Mete otro dedo. Tres. Ya está. La mano. Húndela.

Acción.

Sácala.

Acción.

De nuevo. Hasta la muñeca.

Acción.

Gracias, está bien. Sal de ahí.

Acción.

Vístanse. Gracias. Quedó grabado. Es divertido. ¿Cómo era que decías? “Puro buen humor”.

Tiempo.

Quiero hacer de ustedes unos íconos.

14. EL UNO Y EL OTRO

El Uno.- El cariño que le tengo a ella no es el mismo que el que te tengo a ti.

No jugamos más.

Terminado.

Silencio.

¿Soldadito?

El Otro.- ¿Me reemplazas?

El Uno.- No soy yo quien te reemplaza.

Eres tú. Eres tú, y lo sabes.

Tiene que detenerse antes. Antes del asco. No puedo permitirme ver asco en tus ojos, en este momento no puedo, podría matarme. Dime que me desees, dímelo y sálvate. Abrázame y desaparece.

Acción.

No puedo permitírmelo, tienes que entenderme.

Sólo yo mismo, sólo yo mismo.

Nadie más que yo mismo.

¿Cómo lo hizo tu von Stroheim? ¿Cómo lo hizo para salir de sí mismo?

Un tiempo.

No olvidarlo: “la tontera es sexual”, son tus propias palabras.
Entonces continúo. Tres años más.
Oh, cuerpo mío valiente y resistente, ¿me soportarás por mucho más?
Mi mente no te cuida y mi espíritu te contamina.

Un tiempo.

¿Sigues aquí soldadito?

Silencio.

¿Responde?

Te olvidaste de..darme...lo que...necesito.

Un tiempo.

¿Te fuiste? ¿Cómo?

Esfumado.

El techo está bajo, mi guata se aprieta,

no le saque,

no, no le saque,

el pijama

al niño.

15. ELLA Y EL OTRO

Ella.- Él hace parte de los que actúan y tú, de los que contemplan.

Me gustaría alguien que fuera ambos.

No se puede ser al mismo tiempo de los que actúan y de los que contemplan.

Tú y él no son los primeros.

He visto otros antes que ustedes. Pero llega un momento en que hay que posarse.

Y recayó en él. Punto.

He tenido otros,

puro disgusto, cuando no me daba asco,

o más exactamente:

cuando no me daba asco sólo traía disgusto.

Y cuando no traía disgusto: me daba asco.

Siempre la misma cosa.

Y esta cochinada.

Los unos y los otros, siempre esta cochinada.

Me dije por harto tiempo: por lo menos los homosexuales...

Un tiempo.

Por lo menos los homosexuales son distintos. Esos hombres inaccesibles eran como una panacea.

Una bendición, sí.

Así es como lo conocí.

Así es como él me sedujo.

Y entendí rápido: no exactamente homosexual, más bien pluri-sexual.
Con él ningún asco, pero sí disgustos. Y siempre la cochinateda.
Aún me quedaba una duda: una duda como esperanza.
Entonces él te presentó a mí.
Y entendí, no había más duda, no más esperanza: es la misma cosa.
Homosexual o heterosexual: es la misma cosa.
Fornicadores, siempre, siempre husmeando,
y cuando no se fornicaba
simplemente está desinflado.
Y pasado los treinta, puros Dorian Gray. Retratos estropeados. El sexo en la
cara.
Puros disgustos.
No creo que no los ame. Tengo simplemente otra exigencia. Esa gran
exigencia viene de mi padre. Nunca la alcanzaré, quizás con los niños. Algunos
niños, sí, algunos, tienen esa gran exigencia, casi a pesar de ellos, pero está
ahí.
Las mujeres, las evito.
No me interesan, no espero nada de ellas. Siempre quejándose.
Ninguna ilusión con ellas.
Un tiempo.
¿Qué haces?

El Otro.- Miro el cielo.

Ella.- Tú y yo, se acabó. Eres libre.

Silencio.

Por mucho tiempo no fui nada.

Hoy día la sociedad me hizo uno de sus miembros.

Hoy día soy un miembro de la sociedad. Tengo mi empresa. Cincuenta
personas bajo mis órdenes.

Sé lo que es la responsabilidad.

Eres libre.

Tienes que ir al ataque.

Es tu turno.

¡Al ataque!

Silencio.

No se lo creerán: deslúmbrales con tu belleza y tu juventud.

Silencio.

El Otro.- El cielo se oscurece porque debe oscurecerse.

Ella.- ¿Qué dices?

¿Te vas?

¿Volverás, un poco?

No podría, creo, remplazarte.

Quedaremos dos, él y yo.

Silencio.

¿Te fuiste?

¿Pero cómo lo hiciste?

La puerta de la oficina: cerrada. Y las ventanas cerradas también.

¿Te escondiste?

Silencio.

El ícono desapareció de mi pantalla.

Tu imagen: borrada.

¡Dios mío! ¡Me estaré quedando ciega!

No estás en ninguna parte.

Te...

esfumaste.

16. ELLA Y EL OTRO

Ella.- Estamos en vía de extinción.

El Uno.- Imposible: somos dos.

Silencio.

Ella.- ¿Qué quieres decir?

Silencio.

¿Pero qué quieres decir?

Silencio.

¿Qué quieres decir?

El otro y tú, ¿se acabó?

El Uno.- No hay extinción posible.

Ella.- ¿Pero qué quieres decir?

Un tiempo.

Mierda mi panty: se rompió.

El Uno.- Somos dos.

Ella.- ¿Qué quieres decir? ¿Es decir, tu cuerpo para mí solita? ¿Eso?

Mierda, esta panty. Y tengo reunión en veinticinco minutos.

El Uno.- Somos dos.

Ven, hagámoslo rápido.

Ella.- De todas maneras ya las rompí. Hagámoslo.
Acción.

El Uno.- Una pareja igual un muerto.

Ella.- Después, después de la muerte: un hijo. El nuestro. ¿Estás de acuerdo?

El Uno.- Un hijo, por qué no. Debemos pasar a las cosas serias.
El cambio superior.

Ella.- Dejas tu actividad.
Un tiempo.
Trabajaré por dos.

El Uno.- Dejo de prestar mi cuerpo.
Me ocuparé del niño. Nos divertiremos él y yo.
Un tiempo.

Ella.- ¿Y con el otro, lo dejas también?

El Uno.- Dejo de divertirme con él, sí.
Silencio.
Una pareja igual un muerto.
¿Pero quién es el muerto?

Ella.- Lo importante es tener este hijo. Justo a tiempo, aquí ahora.
Este hijo, una resurrección para ambos.

El Uno.- Un tercero, de nuevo.
Mi hijo.
Mi soldadito.

Ella.- Trabajaré por dos.
Vida nueva.
Y un hijo, no lo olvides.
Justo a tiempo, aquí ahora.

El Uno.- Un hijo, sí.

Ella.- Vida nueva.

EPÍLOGO

“Derivar a la periferia del deseo”

Por Frédéric Vossier

En [la trilogía teatral] *Le Garçon girafe*⁵, un personaje dice: “La deriva. Cómo opera...” Otro le responde: “Yo también derivó: los cosmonautas en el espacio, los niños en el parque, los *traders* en la bolsa asiática...”

¿Qué es un mundo a la deriva? Un mundo que pierde su dirección, su centro, su eje: es un mundo poblado de seres descentrados, “a la periferia de (sus) capacidades y de (sus) deseos”⁶: sentirse perdido, desconectado, en la otra orilla, y dejarse llevar, embarcar en un flujo incontrolable que ya no podemos manejar. La deriva es el desposeimiento de sí, que no lleva a ninguna parte ni presagia nuevos horizontes.

Christophe Pellet es un dramaturgo del *acontecer*, en la medida en que le gusta construir en el tiempo. Quiere mostrar lo que nos *acontece*, desde la juventud, desde ese momento intermediario, esa edad incierta y vulnerable donde todo es posible. ¿Cómo llega esta juventud al mundo? ¿Logra construirse un mundo? ¿Logra madurar, crecer, desarrollar, encontrar sus marcas y su lugar, engendrar a su vez? ¿Podrá lograrlo? ¿Llegará a la orilla?

Hay un *mundo* en la escritura de Pellet, y el fin de la literatura es el de crear un mundo. Es a través de ello que se reconoce la singularidad del escritor: “expresar un mundo, una especie de conglomerado, la esencia del mundo en el cual vivimos, algo que le dé la sensación de usted mismo y del mundo que le rodea” (Maurice Nadeau).

Pellet nos da a ver el mundo actual, nos sumerge en el mundo desencantado en el cual vivimos. Es un mundo ambiguo: por un lado los desdichados, corrompidos, condenados a las “tristes pasiones”, por el otro un mundo en desarrollo, activo y sumergido en el ajetreo. Aunque ciertos personajes logren desarrollar una vida profesional, el clima es más bien nocivo y melancólico pues la muerte se hace siempre presente. La deriva sería quizás la pulsión de muerte que avanza silenciosamente y puede, de un golpe, aparecerse por sorpresa. Quizás los personajes deriven hacia la muerte, la muerte bajo todas

⁵ Pellet, Christophe: *Le Garçon girafe [El Niño jirafa]*, 2005 L'Arche Editeur, p. 96

⁶ Pellet, Christophe: *En délicatesse*, 2005 L'Arche Editeur, p. 15

sus formas: la sobreactividad, la perversión, la droga, el sacrificio, la renuncia, la locura, la anorexia, todas las experiencias que debiliten y descompongan la existencia.

Un mundo a la deriva no está privado de orilla, de bordes, de límites. Pero éste sería un mundo en donde los individuos se apartarían, se alejarían -de manera imperceptible casi- de sus marcas, de las normas que enmarcan la existencia. Cuando deriva la existencia aún podemos ver las orillas en donde arrimarse – se han hecho inaccesibles⁷: “[...] no tenemos adónde ir [...] Aquí, no es mi hogar. Nunca lo fue.” Nomadismo de lo íntimo. Nomadismo propio del “exilio sentimental”⁸. ¿Cómo amar? “A pedazos”⁹. Amar en la dispersión, la multiplicidad, amar y desear a través del nomadismo de una sexualidad confusa: los individuos aparecen entonces como “errantes, desviados sexuales”¹⁰.

Los personajes de Pellet son seres “desterrados” (Deleuze): abandonan un territorio, que éste sea una sexualidad, un lugar, un país, una relación, un trabajo, una pareja, un departamento, o bien un lugar en el grupo o núcleo familiar (un hijo puede transformarse en el padre de su padre, la muñeca de su madre, amante del padre de su novio). ¿Pero conducen estos puntos de fuga a la felicidad, objetivo inicial de los personajes?

“Una huida. Todo parece dejarse escapar. Como si ya hubiera dejado la ciudad.”¹¹ Como si ya hubiera dejado la vida... O los personajes deciden irse, avanzar, probar otro mundo, una vida diferente sin nunca saber de qué estará hecho el mañana -corriendo el riesgo de cometer lo irreparable (los personajes femeninos suelen actuar así)-, o bien se encierran en una deriva inmóvil –seres desesperados, la mayoría del tiempo superados, tan sobrepasados que terminan por desaparecer, por “esfumarse”¹².

La existencia se fundamenta en su superficie, lo que Deleuze llama *territorios* o “planos de existencia”: el valor de un plano es existencial, cada uno delimita el espacio relativo a lo familiar, al apego, marca las relaciones con el otro y protege del caos. Una existencia a la fuga es una existencia expuesta al caos, confusión donde las superficies se desvían, se desplazan, se derrumban. Esos “planos” se confunden, se anulan.

⁷ *Le Garçon girafe*, p. 96

⁸ *Ibid*, p. 76

⁹ *Ibid* p.65

¹⁰ *Ibid*, p. 133.

¹¹ *En délicatesse*, p.17

¹² *Erich von Stroheim*.

Las superficies de la existencia son el amor, el trabajo, la sexualidad, la sensualidad, la corporalidad, la amistad, la familia, la crianza de los hijos, los encuentros, los sentimientos. Pellet construye personajes e historias invirtiendo en todos esos planos de existencia. Su dramaturgia se funda en la rehabilitación del personaje y de la narración. Es a través de la rehabilitación y de la narración que Pellet interroga el fundamento de estas superficies, en la medida en que éstos se construyen esencialmente en una superficie originaria: el *deseo*.

El deseo convierte la vida en optimismo, poder y sensatez. El teatro de Pellet plantea una sola pregunta: ¿qué pasa con nuestro deseo de vivir y de amar, de crear y de construir, de *desear* en general? Sin embargo, el deseo de Pellet es justamente lo que cae en pana y deriva, condenado al nomadismo, una triste pérdida de sí. El deseo se torna errante, se pierde y se vacía. Los personajes ya no saben lo que quieren, van de una pareja a otra, de un lugar a otro, sin poder aferrarse de manera duradera a un territorio o a una relación: “Ella siempre se preocupa por la gente que no está. Y cuando vienen, hace como si no existieran”¹³; “Ya no tengo miedo, no tengo ganas. No más deseo. Todo se...atenuó”¹⁴; “Las ganas pueden apagarse como el fuego. Como las lágrimas. Una mañana, la felicidad le deja su lugar a la tristeza y la noche siguiente, la tristeza al aburrimiento”¹⁵. No se puede por lo tanto proyectar un deseo constante: los personajes se envenenan y se aflojan ante el mandato ético que Lacan había tan bien formulado: “No ceder sobre el deseo”.

La existencia, entonces, se vacía también. Los personajes hablan en reiteradas ocasiones del vacío, de la vacuidad: “Mi cabeza está vacía y deseo que mi cuerpo también lo esté. Ese vacío es mi único aliado”¹⁶; “¿La sabiduría? Puede que esté ahí. Es en ese vacío, por fin, cuando los escalofríos se esfuman, se ausentan y tardan en reaparecer. Y nos sentimos bien en esta ausencia, no podemos decir lo contrario”¹⁷; “El vacío, quisiera lanzarme en él”¹⁸. Se despojan, dejan de perseverar en ellos mismo. Los personajes creen tocar la realidad a través del vacío, acceder a la paz y a la felicidad, aún cuando el suelo se les esté derrumbando bajo sus pies: lentamente se vuelcan en la *desolación*, esa disposición afectiva aún más avasalladora que la *soledad*, y que la filósofa Hannah Arendt describió como una “experiencia absoluta de no-pertenencia a este mundo”.

¹³ *Le Garçon girafe*, p.33

¹⁴ *Ibid*, p.85

¹⁵ *En délicatesse*, p.46

¹⁶ *Ibid*, p. 80

¹⁷ *Le Garçon girafe*, p. 86

¹⁸ *Ibid*, p. 57

En la *soledad* aún podemos contar por dos, para tenerse compañía a sí mismo (el diálogo consigo mismo, la relación a uno, el hecho de constituirse como sujeto); en la *desolación* ese otro que potencialmente está en nosotros y que nos hace vivir desapareció, dejándonos terriblemente solos y a la deriva. Norman, Julien, Morestin, Jim, Léonard, Lucas, el zorro, Mathieu Kastermann, el niño delante del computador y el actor perdido en *Lejos de Corpus Christi*¹⁹, tantas figuras desamparadas, en desaparición, todas masculinas, donde la relación a uno mismo está en jaque, figuras flotantes, afectadas y tristes.

En la escritura de Pellet los seres masculinos no están protegidos, sufriendo directamente en el cambio de referencias o de roles sexuales, seres fragilizados, “neblina de hombres adormecidos”²⁰. Mientras que las mujeres afirman su deseo en un poder absoluto, incluso en el desprecio de los otros, los hombres se vuelven fantasmas errantes, entregados a su suerte, a su abandono y su caída.

En esta deriva de los sexos hacemos la amarga constatación del vuelco: pasividad melancólica del hombre que se encuentra dominado, mudo, objeto, incluso abandonado o demasiado invadido (por una madre abusiva), mientras que la mujer, dominante, irrumpe con la condición de ser pasivos y sumisos: es ella quien toma las decisiones, abre perspectivas, incluso en un acto de egoísmo, de ambición sin límites, sin rendirle cuentas a nadie.

En *Le Garçon girafe*, un personaje dice de otro: “Norman se evaporó”. El otro responde: “Lo hemos hecho desaparecer”. Es quizás sobre estos parlamentos que podemos entender el universo de Pellet. En el juego sutil de la desaparición o de la “evaporación” del ser. ¿No es de hecho ésta la pregunta fundamental del teatro (incluso de la representación en general)? El aparecer/desaparecer, la presencia/ausencia, ver/ser visto, esa cadena de duplicidades fenomenológicas en las cuales la existencia se encuentra atrapada.

Christophe Pellet sería en cierta medida un nuevo “despoblador”, en la medida en que dramatiza la desaparición -o más bien la “espectralización” (contar “existencia de espectros”, expresión de Arendt)-, pero no a la manera de un Beckett. En efecto, ese “despoblamiento” no tiene nada de absurdo ni de metafísico. Se inscribe en un mundo absolutamente real y concreto. En ese mundo rige la pulsión de muerte, desencarnando el ser y condenando los personajes a ser “enterrados vivos”²¹.

¹⁹ A publicarse en 2006 en la Ediciones de L’Arche.

²⁰ *En délicatesse*, p.21

²¹ *Le Garçon girafe*, p. 121

Pellet propone entonces un combate con la realidad. Un combate entre el deseo y la realidad. Algunos prefieren no inscribir su deseo en la realidad para refugiarse en la esfera impalpable de su propia fantasía: “Estás ahí, en mí. Es como con la gente que amo; los recuerdo con tanta fuerza que entran en mí. Basta con cerrar los ojos. Entonces tengo la fuerza”²². El eje dramático se situaría en ese punto, en esa problemática: ¿Cómo puede el personaje resistir a su propia evaporación? ¿Qué significa para un ser su desaparición? Encontramos esos seres en evaporación viviendo y actuando en planos de existencia más bien impregnados de afectos sombríos o en tensión: el nerviosísimo, el miedo, la angustia, la inquietud. Los personajes no están nunca en paz, sometidos a la mirada y al deseo del otro, y sólo conocen la insatisfacción, incapaces de saber qué quieren ellos mismos.

Esta condición de errantes puede llevarlos a ser el objeto de deseo del otro y de esta manera caer en la perversión: el juego de Norman con el hombre en *Le Garçon girafe* o el erotismo triangular en *Erich von Stroheim*. En *S'opposer à l'orage*, Mathieu Kastermann no es sino el objeto de su madre, reducido a una especie de marioneta tan fascinante como aterradora. Los personajes-objeto son entonces “huecos como un cuesco”, despojados, diluidos, gaseosos, cuerpos atomizados en el espacio, espectrales, “abstracciones vivientes”, cuerpos sin armadura perdidos en una suerte de cosificación errante. Y la acción consiste entonces en saber cómo se puede escapar de esta evaporación. ¿Cómo no desaparecer? Dicho de otro modo: ¿cómo ser/devenir/ser aún humano? ¿Cómo seguir viviendo y deseando? Los personajes no cesan de hacerse estas preguntas: siempre vuelven a la problemática de su deseo, pero no encuentran solución, se “problematizan” constantemente en una precaria preocupación de sí y terminan estrictamente perdiendo el aliento.

Christophe Pellet es un experto en diagnosticar la actualidad, un descifrador de sus periferias y las derivas, un observador de la relación a uno y de la relación al otro. Sus problemáticas, urgentes y fundamentales, son comunes y en ese sentido universales: problematizar lo que somos hoy en el desarrollo de nuestro deseo y libertad; libertad y deseo que se inscriben siempre en una multiplicidad de relaciones de poder. Podemos interpretar la obra de Pellet como una dramaturgia “crítica e histórica de nosotros mismos y de la actualidad”.

Foucault escribía: “¿Qué pasa hoy en día? ¿Qué pasa ahora? ¿Y qué es ese 'ahora' dentro del cual estamos los unos y los otros, y que define el momento en que escribo? ¿Qué es este presente al cual pertenezco? ¿Cuál es el campo actual de nuestras posibles experiencias? ¿Cuál es mi actualidad? ¿Y qué

²² *En délicatesse*, p.47.

hago cuando hablo de esta actualidad?” Sabemos que se planteó todas esas preguntas en los tres volúmenes de *La Historia de la sexualidad*.

Cuando Pellet construye sus personajes e historias, relanza al debate el conjunto de esas preguntas éticas –en otro plano evidentemente-. Él también trata este material que Foucault –autor de *Vigilar y Castigar*- nombraba “sustancia ética” y que remite, según las épocas y las filosofías morales, a los actos sexuales, los sentimientos, a la carne, el deseo y el amor. Nos muestra cómo esta sustancia es vivida, tratada y trabajada. Nos muestra también lo que puede deducirse hoy de esta prueba a través de las relaciones de poder (trabajo, familia, pareja, sociedad, instancia pública).

Es en ese sentido que Christophe Pellet es un *contemporáneo*, su teatro es necesariamente de nuestro tiempo en la medida en que su problemática fundamental se basa en “la determinación de un cierto elemento del presente el cual debemos reconocer, distinguir, descifrar entre los otros elementos”: esta “periferia del deseo”, propia a la condición errante posmoderna de los individuos -siempre en busca de una identidad, desde ya múltiple y en desarrollo permanente-. Su dramaturgia es entonces *ética*, ya que logra interrogar con inteligencia y profundidad “las pruebas de los límites que podemos franquear”, como “trabajo nuestro sobre nosotros mismos en tanto que seres libres” (Michel Foucault).